Capitalismo e inmortalidad

Manuel Vilas

Escribí la novela *Los inmortales* (Alfaguara, 2012) contra la muerte. Hasta hace muy poco yo creía que la muerte era un artificioso tema literario que no iba conmigo. Iba con Séneca y Quevedo, Dante y Góngora, y gente así. Pero es que, de un tiempo a esta parte, me ha entrado pánico a morirme. He visto que la gente se muere. Está claro que me tendré que morir un día. O tal vez no esté claro. Ideé esta novela pensando en cosas así, en cosas como morirse o no morirse.

Pensé en gente que ya había muerto, y saqué a esa gente a darse una vuelta por ahí, los devolví a la vida. Lo que diga un escritor sobre su obra literaria siempre acaba siendo más obra literaria, y nunca una explicación satisfactoria sobre lo ya escrito. Me inventé un personaje al que llamé Saavedra. Nuestro clásico mayor tiene dos excelentes apellidos: Cervantes y Saavedra. Saavedra me pareció un apellido luminoso, lleno de posibilidades. Junté a Saavedra con otro personaje, un tal Jerry, que hacía como de escudero. Les puse a caminar por el mundo, por este mundo de principios del siglo XXI. También saqué a un tal Manuel Vilas a darse una vuelta por ahí. A Manuel Vilas lo imaginé viviendo en el año 2040, ya anciano él, pero con ganas de seguir vivo mucho tiempo. Y me fui inventando personajes. Me inventé a un personaje llamado Corman Martínez, a quien llamé «el último comunista». Toda la mitología del siglo XX bullía en mi cabeza. Me gusta que salgan postcomunistas en mi novela, o comunistas sin más, o postcomunistas posmodernos, o comunistas visionarios. Los comunistas siguen poniendo nerviosa a mucha gente. Y poner nerviosa

---

Manuel Vilas, *Los Inmortales*, Alfaguara, Madrid, 2012.

(no muy nerviosa, solo un poco) a la gente me parece uno de los grandes objetivos históricos de la literatura, especialmente hoy, en este 2012.

Corman habla con Stalin. Es el colmo de la soledad. No tener a otro tipo con quien hablar que con el mismísimo Stalin o su fantasma. Stalin dicta a Corman Martínez la *teoría del reciclaje trascendental*, que es un decálogo. El primer punto del decálogo dice:

> Gastaré mis zapatos de manera exhaustiva, minuciosa y equilibrada. Cada noche examinaré a la luz de la luna –nunca bajo la luz eléctrica, por no gastar en vano– el desgaste de mis zapatos y evaluaré técnicas que permitan un desgaste uniforme. Buscaré la uniformidad en el deterioro de mis zapatos. Sé de gente que ha llevado los mismos zapatos durante más de 15 años. Y cuando esos zapatos estén completamente desgastados, los enterraré con honores de Estado. Un gran funeral. Porque entiendo que tras la fabricación de esos zapatos está presente el fantasma decimonónico del proletariado occidental. Y del proletariado vengo, y su voz difusa y perdida vive en estos zapatos, en esta conquista material. (pág. 130)

Hay muchos decálogos en mi novela. Hay un decálogo sobre los huesos que me encanta. Un personaje llamado Manuel Vilas habla con sus adentros óseos. Y decide escribir un decálogo sobre sus huesos:

1. Invisibles.
2. Trabajadores explotados.
3. Nunca vieron ni verán la luz del sol en vida.
4. No han visto el mar.
5. Nadie los ha besado.
6. Son objeto de desprecio y humillación cuando aparecen después de muchos años de sostener a un ser vivo. Les dan patadas. Los tiran. Los trituran.
7. No son comestibles.
8. Dan asco.
9. Son un ejército de soldados minúsculos.
10. No contienen sangre.

También se habla mucho de España en *Los inmortales*. Dime tú de qué va a hablar un escritor español, anda, hazme el favor de decirme de qué demonios quieres que hable un tipo como yo, que nació en un pueblo de la España de los años sesenta, que vivió como pudo, que sigue llevando dentro la ferocidad de la pobreza y de la humillación. Todos hubiéramos querido nacer en Nueva York o en Londres, pero nacimos aquí. La cultura Pop fue muy importante para los pobres que nacimos en España en la década de los sesenta. La cultura Pop fue nuestro marxismo. Sin la cultura Pop como referente, sin Warhol, sin la Velvet Underground, sin el Punk, es muy difícil entender mi literatura y su extensión, o eso creo. La cultura Pop fue mi cultura y mi pistola, una pistola de chocolate.

Nunca abandonaremos esa dureza espantosa de la historia y del azar que significa haber nacido en España. Por eso se habla mucho de España en todo lo que escribo. Por eso suele salir Juan Carlos I en mis novelas. Juan Carlos I es la creación política hispánica más estable, o presentable o con poder de seducción simbólica, de los últimos lustros. Salen en *Los inmortales* José María Aznar, Felipe González y Letizia Ortiz Rocasolano, salen transfigurados. En realidad no tendría que hablar tanto de España en mis libros, porque cuando me traduzcan al inglés, entonces, dime, ¿quién demonios va a saber quién es toda esa gente española de que hablo en mis novelas? Ramón María del Valle-Inclán es ahora mismo un escritor incomprensible en Francia, en Inglaterra o en Alemania. Y también en la España actual. Somos gente incomprensible.

Sale Ian Curtis en *Los inmortales*. Salen Pablo Picasso y Vincent Van Gogh. Yo soy fan de Joy Division. Me gustaría ser fan de Cervantes también. En *Los inmortales* salen aventuras que son como de novela de caballerías, eso es por Cervantes, porque yo quiero mucho a Cervantes. De hecho, mi novela señala constantemente ese amor a Cervantes. También sale Eva Braun en *Los inmortales.* Hay un video de Eva Braun en YouTube que está detrás de mi casi, o relativa, fascinación por esa mujer, esta es la dirección del vídeo: http://www.youtube.com/watch?v=ztjju_JAXxM. Pensé en una mujer que se suicidaba con 33 años, que decidía envenenarse un 30 de abril de 1945, mientras el mundo se despedazaba a su alre-

dedor y ella era completamente joven. Pensé en la irrealidad de los sacrificios, en la irrealidad del pasado, en la fantasmagoría general de todas las cosas. Pensé en que si hubieran existido teléfonos móviles en 1945, mi Saavedra hubiera enviado un montón de sms a Eva Braun diciéndole cosas del tipo «sal de allí ahora mismo, sal de ese pestilente búnker ahora mismo, aun eres joven, no mueras con él, no le debes nada, I love you».

Y otros protagonistas de *Los inmortales* son nada menos que Juan Pablo II, quien en la novela se llama «Ponti», abreviatura de pontífice. Ponti viaja con la Madre Teresa de Calcuta, que en la novela recibe el sobrenombre de «Mother T». También me he inventado en una capítulo de mi novela un Hugo Chávez convertido al Islam, y estoy viendo ahora mismo en la televisión (escribo estas páginas el 14 de enero de 2012) que el Presidente de Irán, Mahmud Ahmadinejad, está de visita oficial en Venezuela. La imaginación de los escritores siempre acaba quedándose corta al lado de la violencia temeraria de la realidad.

Mis libros crean alegorías que buscan desenmascarar cualquier tipo de alienación. Debe de ser que mi literatura busca la exaltación de la libertad humana y busca decir nuestras esclavitudes. Me duele mucho la escasa materialidad de la literatura. No construimos rascacielos ni catedrales ni autopistas ni automóviles ni aviones ni aeropuertos. Hacemos libros. No construimos acequias, ni polígonos industriales, ni alcantarillados, ni farolas en las avenidas. Me gustaría hacer cosas reales. Tener una empresa, tener gravedad, un peso real en el mundo. La crisis de las humanidades reside en su invisibilidad material. No somos materiales. Por eso en mi novela es tan importante lo material.

Por último, diré que aparece en mi novela el miedo a la muerte. Pero el único personaje que le tiene miedo a la muerte es un personaje que se llama Manuel Vilas. Todos los demás no le tienen miedo a la muerte, probablemente porque están todos muertos y les da igual. La literatura sirve para morir otro día. Hoy no. Simplemente, hoy no. Y eso es como estar enamorado. Escribí *Los inmortales* porque estoy enamorado. Sin amor, sin el rabioso amor, sería incapaz de escribir una línea. Escribo novelas porque creo en el amor, y porque soy amor. El misterio del amor, eso siempre ©